

V

EL ALBA DEL AMOR

Tal era el cúmulo de sensaciones que dominaban á Renato Vincy durante el trayecto que media de la calle de Bel-Respiro á la de Coëtlogon (que siguió á pie), tan violentas, que no pudo darse cuenta exacta de los detalles. Claudio, que había desaparecido presa de sus contrariedades, le habría ofrecido motivo para una de esas conversaciones expansivas de ocasión. Y en cuanto á la señora de Moraines, quizás Renato no sólo hubiese comprendido el imperio que ejercía sobre él aquella rara y distinguida belleza, sino que por Claudio conocería tal vez exactamente sus condiciones y cualidades y la diferencia que realmente existe entre una mujer á la moda y una verdadera gran señora. Es lo cierto que Susana, nombre que la Condesa dió á la de Moraines al despedirse, por el encanto de su figura y fingido entusiasmo hacia el arte, cautivó al escritor hasta el punto de que la noche le parecía tan grande como su impre-

sión y su propia vida. Estado lírico peculiar de los poetas que sólo son poetas, especie de embriaguez anticipada, que engendra la esperanza ó la desesperación, según que esta facultad de amplificación se aplique á la alegría ó á la tristeza. ¿Qué significaba, después de todo, este ingreso en el gran mundo, que consideraba el joven como la renovación entera de su destino? Apenas una mirada por la puerta entreabierta, y que si había de aprovecharse, exigía una serie de acciones menudas. Un ambicioso se hubiera preguntado el efecto que le había producido, qué caracteres había encontrado, cuál de los salones á que había sido invitado merecía la pena de ser visitado, y cuál frecuentarse asiduamente; pero el artista únicamente sabía que había conquistado una atmósfera de felicidad, especialmente en la última parte de la reunión, pues el resto quedó olvidado. En tal estado llegó á la verja de su casa, que le hizo pensar con cierta dulzura en el contraste de aquel mundo que dejaba y aquel otro á que venía. Y como á su edad las fatigas nerviosas se reparan con regularidad perfecta, por desordenadas que parezcan, durmióse profundamente. Si soñó en las magnificencias entrevistas, en los aplausos recogidos, en el perfil encantador de la señora de Moraines, tan delicado bajo la co-

rona de sus rubios cabellos, cosa es que no pudo averiguar al despertar á las diez de la mañana siguiente.

Un rayo de sol penetraba por la juntura de las maderas cerradas y por entre las cortinas corridas. Ningún ruido se dejaba sentir allí de la callejuela ni aun del interior, que revelase esas idas y venidas de la limpieza de las casas y preparativos para el desayuno. Renato se mostró sorprendido de semejante silencio, miró el reloj para saber cuántas horas había dormido, y pudo entonces comprender una vez más la especie de idolatría que le profesaba su hermana, hasta en los menores detalles de la existencia. Al propio tiempo se presentaron á su mente veinte mil imágenes de la fiesta, todas ellas confundíendose en un solo objeto: en aquella figura delicada, en aquellos ojos azules, en aquella boca encantadora de la señora de Moraines. Pero ni por esas impresiones se formó idea del verdadero sentimiento que las causaba; sensación de artista y nada más. Abandonado á la dulce pereza del lecho, se abandonaba también á esas visiones íntimas de fuera, como al aspecto familiar de su habitación tan tranquila. Su vista se detenía con fruición en los libros, en los grabados, en la chimenea, donde se agrupaban algunas fotografías, y

entre ellas el retrato de su madre. ¡Pobre madre, muerta antes de que pudiera gozar la delicia del triunfo, ella que tanto disfrutó con los ensayos primeros del poeta! El padre estaba allí también con el semblante melancólico y enrojecido por el alcohol. ¡Cuántas veces pensaba Renato en que la secreta impotencia de su propia voluntad le había sido transmitida por este padre desgraciado! Las ideas tristes no podían dominar en aquel momento, y con alegría natural llamó á Francisca dando tres golpes, como era costumbre, entre la pared y el lecho. En lugar de la criada, vino Emilia, y á la claridad de las ventanas abiertas y cortinas levantadas, pudo ver Renato la cara amorosa y sonriente de su hermana, y en ella dominando una curiosidad confiada, que interrogaba.

—¡Un triunfo!—contestó Renato.

Y aquella criatura aplaudió con las manos, como si fuera una niña; se colocó á los pies de la cama en una silla baja.

—Te levantarás hoy más tarde..... Francisca te traerá el café. Ya calculé yo que te despertarias á las diez, y acabo de molerlo, de modo que lo vas á tomar delicioso.

Entra en esto la auverñesa, recoge Emilia la bandeja de porcelana, y dice:

—Voy á servirtelo yo; Fresneau ha ido á

buscar al niño..... tenemos tiempo de que cuentos todo.....

Y el poeta refirió todas las sensaciones de la víspera.

—¿Y qué decía Larcher? ¿Qué tal los salones? ¿Cómo era el vestido de la Condesa?

Se reía de las metáforas fantásticas de la señora de Sermoises. Exclamaba: —¡Qué pícara!—hablando de la mujer del colega. Burlábase de la ignorante Ethorel, indignábase de las crueldades de Colette, y cuando el poeta, por fin, le describía las gracias de la señora de Moraines, su conversación en la mesa con ella, Emilia hubiera dado lo imposible por manifestar su reconocimiento á la mujer delicada que desde el primer momento había conocido y estimado á su Renato. ¡Qué confidente tan peligrosa era Emilia para aquel hermano de cuya sensibilidad vivía! Bullía en ella igual grado de imaginación, esa imaginación del artista enamorado de lo que brilla, y á ella se entregaba sin escrúpulo porque venía á ser por cuenta de otro. Hay una especie de inmoralidad impersonal, propia de las mujeres, que es la de las madres, de las hermanas y las amantes, y que consiste en no cuidarse de las leyes de la conciencia cuando se trata de un sujeto adorado. Emilia, la pura abnegación y sencillez en cuanto á

ella se refería, para su hermano soñaba lujo, ambición y vanidad. Por esto dijo á Renato:

—Bien sabía yo que triunfarías. Digan lo que quieran las de Offarel, tu sitio no está en nuestro modesto círculo, sino en esa decoración, en esa vida de magnificencias. ¡Ojalá fueras rico! Pero lo serás, porque una de esas señoras se interesará por ti y se casará contigo y habitarás un palacio, y no por eso dejarás de ser mi hermano muy querido, ni de quererme tú. ¿Era posible, Dios mío, que estuvieras siempre como hasta ahora, ó en una pequeña habitación de un cuarto piso, con hijos en la miseria y una mujer con estas manos de sirviente que yo tengo? Verdad es que conmigo no has gozado esplendores, pero al cabo disfrutas cierta comodidad.

—¡Qué buena eres, hermana mía!

Renato se hallaba conmovido hasta derramar lágrimas ante el profundo afecto que su hermana le demostraba y ante la complacencia con que contaba para sus más ocultas aspiraciones.

Aunque el nombre de Rosalía no hubiera sonado entre ambos de cierta manera, y aunque Emilia no recibió jamás confidencia alguna de Renato sobre el particular, no cabía duda de que ella estaba apercibida y se mostraría opuesta á un matrimonio con-

trario á pensamientos ambiciosos. Sin embargo, ¿aprobaría Emilia, si conociera todos los detalles, la traición que iba á cometerse, con sus lógicas consecuencias de los pesares que ocasionaba?

En cuanto Emilia se marchó, empezó á vestirse Renato, presa todavía de las ideas que en él despertó la última frase de su hermana, sintiéndose con valor para examinar frente á frente la situación y claro es que al punto recordó su compromiso con Rosalía y aun las ternezas que en la intimidad le había prodigado. Desde luego reconoció como verdad indiscutible que no hay derecho para robar el corazón de una virgen si no se siente fuerza bastante para permanecerle siempre fiel. Pero el hallarse convencido de la exactitud de tales pensamientos, no era obstáculo á que de nuevo soñara con las magnificencias de una vida en cuyo opulento fondo aparecía el rostro y la sonrisa de la señora de Moraines. —«¡Pobre Rosalía, qué dulzura la suya y cuánto me ama!»—Y con esta exclamación, reflejo de la seguridad del profundo cariño que había inspirado, revelaba una cierta emoción egoísta, que ni le abandonó en la mesa. ¡Y qué mesa ésta tan sencilla y tan diversa de aquella otra en que se celebró la famosa cena! Sobre el hule de flores varias se

ostentaba un modesto servicio de porcelana blanca y vasos algo bastos, para evitar que las torpezas combinadas de Fresneau, de Constancio y Francisca hicieran que la partida del cristal subiera demasiado en el presupuesto. El bueno de Fresneau, con sus barbas largas, su mirada distraída, comía de prisa, con los codos apoyados sobre la mesa, llevándose el cuchillo á la boca, tan ordinario de maneras como distinguido de corazón. Y para que resaltara más el contraste con las ideas de ocioso cosmopolitismo de Renato, contaba riendo su vida aquella mañana: á las siete repaso en la escuela de San Andrés; de ocho á diez, clase en el mismo establecimiento á los párvulos que no iban al Liceo todavía; después, á escape, tomó el ómnibus del Panteón y otra lección en la calle de Astorg, muy cerca de San Agustín.

—He comprado un periódico por el camino para leer la revista de la fiesta de anoche, y veo que lo he perdido.

—Eres tan distraído—dijo Emilia casi con acritud.

—Offarel nos lo contará—repuso alegremente Renato;—ya sabes que es mi indicador viviente. De seguro habrá leído á la tarde todos los diarios de París y provincias.

Precisamente porque Renato creía que

Offarel había de recoger todos los pormenores de la fiesta y que la señora los comentaría á su gusto, se juzgó obligado á dar él mismo cuenta detallada á Rosalía. Bien que sea hipocresía ó piedad, es lo cierto que hay un instinto que empuja al hombre á esta clase de delicadezas hacia la mujer que ha dejado de amar. Terminado el almuerzo, se encaminó á la calle de Bagneux por la de Vaugirard. El barrio que atravesaba, y que le era tan conocido, ofrecía ese aspecto de decorosa economía que distingue á la clase media, que no es lo horrible y pintoresco de la miseria. Renato, que acostumbraba antes á soñar durante el trayecto, haciendo versos que leer á Rosalía; que en todos los objetos y hasta en los escaparates de las tiendas hallaba motivo para conmoverse, porque empezaba á amar, ahora, porque el amor se desvanecía, encerrábase más y más su corazón y aun dejaba de ser benévolo con aquella que fué su encanto, como si tuviera la culpa de la impresión de mezquindad que en su barrio le desagradaba. Entre las varias pequeñeces en que detuvo su fantasía mientras andaba, la vista de una hermana de la caridad, con su paraguas bajo del brazo, las alas de su cofia blanca al viento y la cruz de su rosario golpeando la tela azul de su traje, le llevó ¿por qué? de

repente á la imagen de la señora de Moranes; sin duda algunas frases sobre obras piadosas dichas en la cena. Ya por tres veces, durante el día, y cada vez con más precisión, fijábase el poeta en estas visiones. ¡Si por casualidad la encontrase en una calle extraviada visitando los pobres! Pero en lugar de este ideal, paso á paso entraba en un corredor, del corredor al patio, y se paraba en la puerta del cuarto bajo de Offarel. A semejanza de lo que habían escogido los Fresneau, también esta familia realizó el deseo de las gentes de la clase media, y gozaban de un jardinito de las dimensiones de un pañuelo.

— ¡Es Renato! — dijo Rosalía, que acudió al oír llamar para abrir la puerta; porque los Offarel no tenían más que una asistenta que iba á las doce, y con la cual, por cierto, no se andaba en bromitas la señora.

En presencia de aquel á quien tanto amaba, no pudo Rosalía contener un grito, cambiando de color por la alegría.

— Mucho agradezco que venga usted á contarnos, sin pérdida de momento, el éxito de su comedia.

Pasaron al comedor, habitación á que daba poca luz una ventana situada al Norte, y tampoco tenía fuego, porque la escrupulosa avaricia de la señora había acordado susti-

tuir el combustible, los días en que el frío no era excesivo, por una especie de esclavinas guateadas y mitones.

— Siéntese usted.

Y la señora añadió:

— Estamos contando la ropa blanca, como usted ve.

Con efecto, sobre la mesa estaba la de toda la quincena, desde las camisas del padre hasta las de las hijas; y no se escapaba al observador que aquel montón era testimonio vivo de la estrechez en que se hallaba la familia. Por esto, Rosalía, que supuso no había de ser grato para el poeta tal espectáculo, le impidió tomar asiento allí, y antes que su madre tuviera tiempo de contestar, se lo llevó al salón, cuya pieza, tan pomposamente denominada, servía, sobre todo, de cuarto de trabajo á Angélica, ocupada en traducciones del inglés para aumentar los recursos de la casa. Precisamente en aquel momento escribía en un velador, el diccionario á sus pies, calzados con zapatillas que ella hizo más cómodas doblándoles los talones. Levantóse en el acto que vió entrar á Renato, recogió sus papeles y sus libros.

— No estoy visible — exclamó marchándose.

Y en verdad que, con sus cabellos despeinados y su bata sin botones, no lo estaba.

Sentóse el joven y se puso á contemplar aquella habitación, que le era tan conocida, cuya principalelegancia consistía en la docena de acuarelas que salieron de las manos del empleado en sus ratitos de ocio; las unas representaban paisajes tomados del natural en los paseos de los domingos; otras copiadas de cuadros muy interesantes para Offarel, como *Las ilusiones perdidas*, de Gleyre, que Renato detestaba. Una alfombra de fieltro descolorida, seis sillas y un sofá con sus fundas, completaban el mobiliario de la habitación, tan amada por el poeta en otro tiempo, como símbolo de la sencillez casi idílica, pero que debió parecerle hoy dos veces odiosa, no sólo por el estado de ánimo en que venía, sino por la acritud con que la señora, echándosela de fina, dijo:

— ¿Estaría usted muy contento anoche en su gran mundo? Su amigo de usted, el señor Larcher, no visita sino las gentes que tienen hotel y coche. No habla más que de princesas, duquesas y condesas..... Hace diez años era otra cosa.

— ¡Mamá, por Dios!...

— ¿Por qué mira con tal insolencia? Parece que nos está llamando pobres diablos con los ojos.

— Se equivoca usted respecto de su carác-

ter; tiene ciertamente algo de manía por la sociedad elegante; pero esto es natural tratándose de un artista. Yo mismo—expuso Renato sonriendo—me mostré encantado anoche ante aquella especie de palacio, aquellas flores, aquellos prendidos, aquella magnificencia. ¿Y creerá usted que por eso ya no voy á querer á mi gente y á mis antiguos amigos? Nosotros los escritores, todos amamos la decoración brillante: Balzac y Musset testigos. Ésta es simplemente una niñada sin importancia.

Mientras Renato hablaba, Rosalía miró á su madre con tal expresión de felicidad que hacía meses no se le había visto, y era que la inocente niña no alcanzó la complicación de sentimientos que revelaba aquella confesión del poeta. Conoció éste en la angustia de Rosalía, cuando oyó á su madre la frase aquella del gran «mundo», que no le había escapado la complacencia de Renato por la vida de sociedad. Se sentía él además como avergonzado de ser tan plebeyo en la embriaguez del lujo, y manifestaba sus impresiones, por consiguiente, de modo que Rosalía se tranquilizara, y con el aplomo de aquel á quien no cogen de sorpresa la esplendidez de los salones.

Para ciertas naturalezas, y en los artistas,

por su estado moral es bien frecuente, confesar una falta es lo mismo que perdonársela. Al defender á Claudio, Renato se complacía en detallar sus propias sensaciones; burlándose de lo que él llamaba su *snobismo*, palabra cuyo significado explicó á las señoras, poco á poco se posesionaban de su espíritu las comparaciones, y claro es que habían de ser desfavorables para aquella provinciana de París, tan modesta, tan laboriosa, tan encogida, que quedó desconcertada cuando, al cabo de tantas expansiones, notó en Renato la sequedad que le había producido aquel doloroso contraste. Porque ella le conocía muy bien y sabía que en él se daba una duplicidad de caracteres: tierno y suave el uno, incapaz de causarle pena, el Renato que ella amaba; otro débil, apartado de ella, irritado contra ella; pero no adivinaba el lazo que los ligaba; lo único que veía claro era que antes del triunfo del *Sigisbeo*, Renato se mostraba bueno; después casi siempre extraño. Jamás se hubiera atrevido á decir «desgraciado éxito», puesto que hasta ella misma se enorgullecía de tan lisonjero resultado; pero habría hecho lo imposible por volver á la época en que el poeta era desconocido y pobre, y todo de ella. Ahora hasta las palabras dirigidas contra otro le parecía que iban contra su corazón; en aquel

momento se cruzaban con su madre. ¡Y sin embargo!.....

La señora se levantó bruscamente preocupada, y so pretexto de que la gata *Cendrette* llamaba porque quería salir, fué ella la que salió, volviendo al comedor. Y debía ser su propósito dejar solos á los jóvenes, pues tan pronto como acabó con *Cendrette*, empezó las conversaciones con Ratón en voz alta. Esto no obstante, se decía en su interior:

—Puesto que ha venido inmediatamente, es que le sigue siendo fiel. ¿Cuándo se declarará? ¡Pobrecilla! No encontrará en los salones mujer que se le parezca: es una perla. ¡Tan honesta, tan linda!...

Luego seguía con el gato, subiendo el diapason. El animal acariciaba á su ama y ésta continuaba su monólogo:

—Ahora es un buen partido, y no podrán tacharnos de ambiciosos, pues antes también se le quería. ¡No sufrirá Rosalía los apuros que yo con Offarel!...

Y pasaba y repasaba la ropa.

—¡Qué sorpresa cuando se sepa que tiene su modesta dote!

A fuerza de severas economías, había podido ahorrar unas quince mil pesetas, que tenía colocadas sin saberlo su marido. Esta idea la hizo sonreír, añadiendo luego:

—¿Qué hablarán?

Conocía el amor de Rosalía hacia Renato, pero no la intimidad de sus lazos. ¡Cuál habría sido la sorpresa viendo que su hija cogía la mano del poeta y ponía todo su corazón en esta frase!

—¡Y ha podido usted separarse anoche de mi lado sin despedirse!

—Claudio tiene la culpa—contestó él, estrechando los dedos de Rosalía y ruborizándose.

Rosalía se desprendió de la caricia, porque no la engañaba su fingimiento.

—No, no es eso—repuso ella con algún esfuerzo.—No parece usted el mismo. ¿Cuánto tiempo hace que no me compone usted versos?

—¿Se figura usted que los versos se escriben así con esa facilidad?—dijo él con cierta dureza, evidente señal de que el amor declina.

Su propósito de manifestarse suave y tierno, se rompió ante la humilde exigencia de Rosalía, que penetrada de la exacta situación de las cosas, experimentaba dolorosa sensación. Tenía celos, como en el aire, pero los tenía.

La interrupción que siguió á las frases del poeta hacia daño, y fué preciso terminarla.

—¿Qué tal los actores anoche?

Y Renato, que se apresuró á recoger esta

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
CALLE 1225 MONTERREY, MEXICO

futilidad para que no saliera de este terreno la entrevista, exclamaba: — ¡Divinamente! — Entrando después en un largo discurso sobre las diferencias que existen entre las representaciones de los teatros y las que se verifican en los salones.

Rosalía, amante, y por esto susceptible á las menores impresiones, desfallecía en el entretanto.

— ¡Es tan inocente — exclamaba la señora de Offarel, volviendo al lado de los dos jóvenes — que no ha sabido sacarle de su maldita comedia!

Furiosa, y en la necesidad de descargar su ira con alguien, preguntó á Renato:

— ¿Y su amigo de usted, Larcher, no se sentía envidioso?

VI

LA LÓGICA DE UN OBSERVADOR

Renato, que fué á casa de Offarel bajo penosa impresión, salió de allí aun más dolorosamente impresionado. Hacía un momento le desagradaban los demás; ahora se desagradaba á sí propio. Vino á proporcionar un placer á Rosalía, y le había ocasionado un nuevo sufrimiento. Por más que el poeta sólo sintiera para ella un amor de imaginación, había sido tan sincero, que necesariamente conservaba el extraordinario poder de apreciar hasta los menores movimientos de aquel corazón virgen, y una ineficaz cuanto amarga piedad por el dolor que la agonía de su pasión llevaba á Rosalía. Una vez más se preguntó si no era deber suyo decirla que ya no la amaba. Esta cuestión insoñable significa la brutalidad egoísta y cruel, ó la mezcla horrible de compasión y perfidia. «Veremos más adelante», que equivale á prolongar el martirio.

Tendió la vista á su alrededor, y sin darse cuenta se encontró en aquella parte del barrio